

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 50

## Kropotkin

Cumple los setenta años Pedro Kropotkin, el príncipe revolucionario, y le saludan con un mensaje los intelectuales de Inglaterra, su refugio y patria de su hija, la actriz Sacha. Firman el mensaje políticos y escritores de la izquierda, liberales, radicales o socialistas, los más afamados del país.

Ninguno de los firmantes comparte sus ideas de Kropotkin. Ya el príncipe se quejaba en las *Memorias de un revolucionario* de la imposibilidad de hacer prosélitos en Inglaterra para las ideas anarquistas. Kropotkin lo atribuye a la falta de imaginación de los ingleses, imanes de los trescientos grandes líricos de la antología de Oxford! A pesar de todo, los intelectuales ingleses saludan en Kropotkin admirable carácter, al gran geógrafo que hizo la orografía de Siberia, al corrector de la teoría darviniana de la evolución, al campeón de los oprimidos en todos los países y «al hombre que les ha enseñado a confiar en el principio voluntario, por contraposición al principio regulativo y gubernamental». Esta última frase no la debieran suscribir los socialistas, especialmente Bernard Shaw. Shaw ha proclamado repetidamente el imperio de las leyes, frente a los anarquistas, fundándolo: 1º, en la necesidad moral de corregir la concurrencia y la desigualdad naturales entre los hombres, por las que unos someten a los otros a su arbitrio; 2º, en la conveniencia de regular el tráfico, pues sería imposible realizar el acto elemental de atravesar una calle céntrica en una gran ciudad, si no

hubiera leyes que obligaran a los vehículos a guardar la derecha o la izquierda; y 3º, en que es muy pequeño el número de hombres que pueden meditar su línea de conducta y aun más pequeño el de los que disponen del tiempo necesario.

La idea central de Bernard Shaw pudiera expresarse diciendo que el mundo no tiene razón, que es preciso racionalizarlo y que, como sólo unos pocos hombres son capaces de racionalizarlo, hay que investirlos con los poderes del Estado para que puedan realizar su empresa de infundir un poco de conciencia en este mundo sin sentido.

Esta no es la idea de Kropotkin. El príncipe es tan moralista como Bernard Shaw. Su anarquismo no es individualismo puro. Kropotkin no diría como Max Stirner, en *El único y su propiedad*: «No hay nada sobre mí»; «hablo de mí, de mi yo pasajero»; «yo soy toda mi especie; no tengo norma, ni ley, ni modelo»; «mi humildad y todo lo que yo hago, son humanos porque yo los hago, no porque se ajusten al concepto de la humanidad».

Pero Kropotkin es más naturalista que individualista. El individuo, el hombre, es para él bueno porque es natural. El dogma en que se basa todo el sistema comunista de Kropotkin es el de la bondad natural, el de la moralidad natural, el de una moral que no se funda en la religión, ni en la ciencia, sino en el instinto. «Una moralidad hecha instinto es la verdadera moralidad, la única que dura